



desdelosimple

Para contemplar la vida

Corpus Christi

Deuteronomio 8, 2-3. 14b-16ª; Salmo 147; 1Corintios 10, 16-17; Juan 6, 51-59

Junio 14 del 2020

Adoramos a Aquel que nos nutre con su amor

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

Al celebrar la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, nos hará bien recordar el mensaje del Papa Juan Pablo II, quien el 17 de Abril del 2003, nos dirigía la carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, resaltando la importancia de la Eucaristía en la vivencia de la fe que profesamos, así dice que “en este sacramento, por la transformación del pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, la Iglesia se alegra de esta presencia con una intensidad única. Desde que, en Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste, este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándolos de confiada esperanza” (n.1). Estas sencillas palabras nos permiten sumergirnos en una interrogante que es la clave de entrada a la vida que este misterio nos ofrece ¿Qué tan conscientes estamos cada vez que comulgamos el Cuerpo y la Sangre de Cristo?

Para contemplar el don sagrado que se pone a nuestro alcance, la liturgia de la Palabra de este día nos permite entrar en una dinámica de reconocimiento del amor de Dios que nos conduce a fortalecernos en la comunión con Él y con nuestros hermanos. Para entrar en la comunión con Dios nada mejor que pensar en nuestra fragilidad. Dios la conoce a profundidad, nos sondea y conoce incluso mejor que nosotros mismos. Bajo esta premisa podemos entender lo que significa la expresión de Moisés “Dios quiere probarlos para conocer lo que hay en su corazón” (Dt 8,2) las preguntas que nos permiten revelar nuestras intenciones ante Dios, ponen en evidencia nuestra fragilidad, y en ella nos damos cuenta que sólo Dios nos permite la verdadera libertad. El pueblo que caminaba por el desierto a la vez que era corregido de sus faltas y recordaba como el Señor le liberó de Egipto, era sorprendido por el Mana. Así, el Cuerpo y Sangre que comulgamos, nos hace conscientes de nuestras faltas recordándonos el precio con el que hemos sido rescatados de la



esclavitud del pecado y nos impulsa a vivir en la libertad de los hijos amados del Padre.

Si el mana con el cual se ha alimentado el pueblo en el desierto, fue un motivo especial para recordar a Dios en su ser providente, que acompaña a sus hijos a través del inmenso desierto proveyendo lo necesario para que disfruten de la tierra prometida; podemos preguntarnos cuál ha de ser nuestra actitud cuando confesamos que en la Nueva Alianza, Dios mismo se ha quedado entre nosotros como Alimento para la vida. La Iglesia nos enseña que en la institución de la Eucaristía Jesús “no afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó su valor sacrificial, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos” (E.E. n. 12). La confesión de este hecho nos hace entender que al comulgar en la Eucaristía, no podemos hacer otra cosa que reconocernos como hermanos, así insiste san Pablo diciendo “al participar de un solo pan, a pesar de ser muchos somos uno” (1 Co 10,17) Aquel que realiza nuestra salvación ofreciéndose a sí mismo, nos invita a la entrega generosa de la vida, amándonos unos a otros.

Este es el distintivo de los discípulos. Con cuanta insistencia el Señor nos invita a permanecer en su amor. Hoy hemos escuchado que al comer su Cuerpo y beber su Sangre, permanecemos en él lo cual se convierte en garante de Vida Eterna (Jn 6,56) Es la consecuencia de dejarse mirar de la manera en que sólo Él puede mirar en el Sacramento del amor. Se entregó por amor, nos comunica su amor y nos invita a expresar lo que hemos recibido. Presentemos sobre el altar nuestras ofrendas y rindámonos en adoración ante el misterio, que se renueva ante nuestra mirada y nos busca con insistencia, porque no quiere que ninguno se pierda.